

JACQUES MULTIUSOS

—Bueno, bueno. ¿A quién tenemos aquí?

—Mi nombre es Jacques.

—¡No te escucho!

—¡Jacques!

—Tienes un acento extraño. ¿De dónde eres?

—Este... S... Suiza. Soy de Suiza.

—¿Por qué la Sra. Hunter te puso aquí con todos nosotros? ¿Para limpiarte y aceitarte también?

—No lo sé. A lo mejor para usarme.

—No puedo imaginar para qué, considerando a quienes te acompañan.

Jacques miró con timidez a sus nuevos compañeros. Los rodeaban las cuatro paredes del cajón. Jacques debió admitir que él también se hizo la misma pregunta.

—A lo mejor me necesitará para descorchar una botella de vino

—tartamudeó.

—¿Descorchar una botella de vino? —preguntó uno—. ¿Con qué?

Jacques se dio la vuelta y con un poco de dificultad abrió un sacacorchos.

El pequeño grupo estalló en carcajadas.

—¿Con esa cosita? —gritó una herramienta curva y con forma de abrazadera. El pobre Jacques guardó con desánimo su sacacorchos.

—Lamento burlarme, hijo. Ah, me llamo Klein. Soy un alicate pelacables.

—Yo también tengo esa función —comentó Jacques mientras examinaba sus herramientas—. Está por aquí en algún lado...

—Ni te molestes —intervino Klein—. Dime, ¿por qué querría usarte Judy Hunter cuando tiene aquí a nuestro amigo Wing?

Apuntó a un gigantesco aparato con un enorme sacacorchos y largos brazos.

—Hola Jacques —Wing le ofreció una sonrisa confiada—. Como verás, no soy un sacacorchos cualquiera. Soy lo que llaman un *descorchador de botellas de vino*.



—Él asiste a las estupendas fiestas que hacen los Hunter —añadió Klein—. Ocupa el puesto de honor en la barra.

—Así es —corroboró Wing—. En cierta ocasión organizaron una fiesta muy lujosa. Jeff Hunter había estado alardeando de sus vinos de reserva. Sacó a Enrico, un pequeño y bonito sacacorchos italiano, pero no podía destapar la botella. El corcho se había secado. Cuando intentó sacarlo, se rompió en dos. ¿Y a quién crees que buscó Jeff en ese momento de crisis?

—Supongo que a ti —se aventuró Jacques. Wing sonrió.

—Así es. *Pop*. Todo el mundo feliz.

—Bueno, supongo que deberíamos presentarnos —anunció una larga caña de pescar con un carrete impresionante, recostada contra la pared—. Sería lo más educado. Me llamo Rod Fisher. Jeff me lleva consigo cuando va a pescar. No puede atrapar nada sin mí.

—Yo también he hecho algo de pesca —susurró Jacques con timidez.

—Puede ser, pero te aseguro que a Rod no se le escapa nada —aseguró Klein.

Luego presentó a Phillips. Era un gigantesco destornillador que al parecer estaba durmiendo. Apenas abrió un ojo para examinar al recién llegado.

—¡Qué bien! —Exclamó Jacques—. Siempre quise conocer a un auténtico Phillips, ya que he intentado

esa función de vez en cuando.

—Permíteme enseñarte... —añadió. El pobre intentó sacar la herramienta sin mucho éxito. Se detuvo al ver que Phillips había vuelto a cerrar los ojos y se había dado la vuelta.

—Yo me llamo Stanley —exclamó un cuchillo grueso y corto con una pequeña y brillante cuchilla—. Me dicen *el gran Stan*.

—*Bonjour*, Stanley —murmuró Jacques con tristeza—. A decir verdad yo también he hecho... no importa. Bueno, soy bastante útil.

—La verdad es que no sé cómo puedes ser de alguna utilidad cuando te cuesta tanto abrir tus herramientas. Estás lleno de óxido —exclamó Rod.

—Así es —añadió Stanley—. Parece que te cuesta demostrar tus... atributos.

—La verdad es que me usaban todo el tiempo —se defendió Jacques—. Cuando Judith me recibió como regalo de cumpleaños de parte de su marido. He estado en su bolso de mano. He viajado muchísimo.

—¿Y qué pasó?

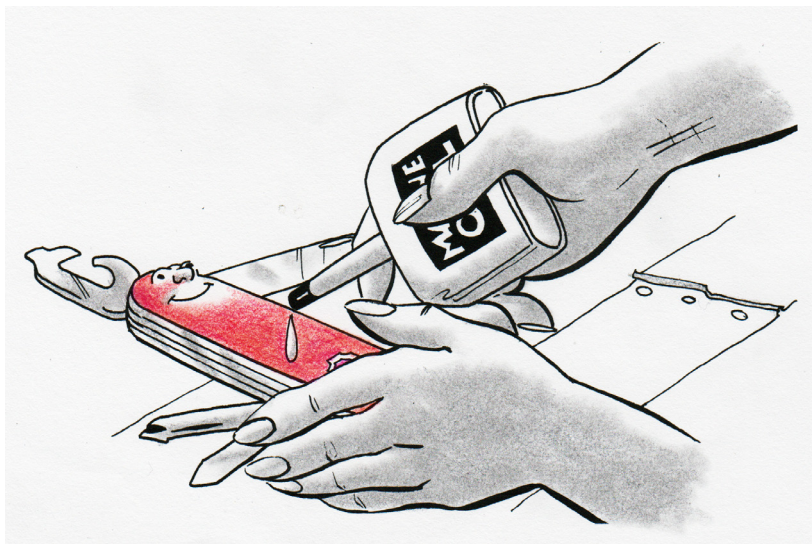
—La seguridad en los aeropuertos ha aumentado muchísimo. Debí considerar que era demasiado lío llevarme.

—Buena excusa para una jubilación anticipada —exclamó Rod en tono burlón.

—¿Para qué te ha usado Judy? —preguntó Wing.

—De todo un poco. Cortar. Serruchar. Ya saben... arreglos y reparaciones de poca monta.

—Ya veo —reflexionó Rod—. Aprendiz de todo...
—Maestro de nada —coreó el resto de manera solemne.
—No me gusta ese refrán —respondió Jacques—. Nunca me ha gustado.
—¿Por qué?
—Me hace sentir... inútil.
Además de cierto carraspeo, las herramientas y los aparatos callaron ante el comentario de Jacques.
—Pero no lo era. Como dije, Judith solía usarme todo el tiempo.
—¿Pero quién querría usarte? —preguntó Phillips—. Supones demasiado trabajo.



—Sí, pero el hecho de que dejaran de usarme propició que no me limpiaran ni aceitaran —dijo Jacques—. Por eso mis herramientas se atascan y chirrían. Dejaron de usarme tanto como me gustaría.
—Te lo has ganado —bostezó Phillips—. Una vez que Jeff me emplea para una tarea de carpintería, puedo relajarme y no hacer nada. Si lo tuyo es destornillar, haz eso y no te molestes en hacer más. No creo en eso de trabajar demasiado. Mejor sufrir un poco de óxido que trabajar de más. Siempre digo que lo mejor es hacer lo que uno sabe.
—Yo también —añadió Klein—. De lo contrario se aprovechan de uno.
—Pero a mí *me gusta* que me utilicen a menudo... —respondió Jacques con una sonrisa vergonzosa.
En ese momento se abrió la puerta. Entró una mujer alta y curtida de cabello rubio, acompañada por una delgada niña de unos ocho años.
—Es Judy —susurró Phillips— y su hija Mavis.
La mujer abrió el cajón y sacó a Jacques. Lo puso sobre la mesa. Tomó una lata de aceite de la estantería y con cuidado abrió la navaja de Jacques. Le aplicó una gota de aceite en la bisagra. Luego hizo lo mismo con cada uno de sus accesorios. Abría una herramienta, le aplicaba una gota de aceite y la movía de un lado a otro hasta que la bisagra dejaba de chirriar. El proceso era al principio doloroso para Jacques, pero al cabo de unos minutos empezó a sentirse flexible y lustroso.

El teléfono sonó y Judy volvió a poner a Jacques en el cajón.

—Fuiste el primero que limpió —dijo Wings—. ¿A qué se debe el tratamiento preferencial?

Jacques se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Pero cualquiera que sea el motivo, me limpió el óxido y me siento de maravilla —sonrió al sacar con agilidad una de sus herramientas.

—Muy bien. ¿Pero qué uso podría darte la Sra. Hunter ahora que te encuentras entre los expertos?

—No lo sé —respondió Jacques—. Para cortar cuerda, verduras... cualquier tarea.

Las demás herramientas se doblaron de la risa.

—¡Cuerda y verduras! —Gritó Stanley con lágrimas de risa—. Muestra lo que sabes, Wilkinson.

Un largo y afilado cuchillo de caza se puso de pie y con un hábil movimiento se enterró profundamente en la pared de madera del cajón.

Stanley sonrió y miró Jacques.

—Impresionante, ¿no?

—Eso es impresionante —añadió Jacques con mirada abatida.

—Cuesta imaginar a Wilkinson cortando cuerda y verduras solamente, ¿verdad Jacques?

—Tú también eres bastante bueno, Stan —intervino Wilkinson—. Te he visto rebanar enormes pedazos de madera.

—Así es. También sé tallar madera.

—Pues parece que lo tuyo no es exactamente cortar, Jacques —dijo Klein—. A lo mejor puedes... no sé... ¿puedes hacer otra cosa?

—Veamos... puedo abrir latas.

Klein levantó una ceja con aspecto despectivo.

—¿Un abridor de latas? —Preguntó, apuntando a un estante en el que se encontraba un aparato de plástico enchufado a la pared—. Eso es lo que llamo un abridor de latas. ¿No es cierto, Candy?

—Así es. Bruum. Ras. Ras. Sin salpicar ni hacer un gran esfuerzo.

—Por eso es importante especializarse —añadió Rod con tono condescendiente—. Como ves, Jacques, aquí todos somos... expertos.

—Exactamente —aseguró Stan—. Somos herramientas de precisión especializadas en servicios únicos.

—Todos somos maestros —añadió Candy—. De vocación, habilidad y servicio particulares...

—Además —repuso Klein—, las personas demasiado adaptables y disponibles nunca tienen tiempo para sí.

—Para colmo —añadió Rod—, el resultado nunca es tan bueno como podría haber sido si el carpintero o cocinero hubiera empleado la aplicación, herramienta o accesorio destinado para ese trabajo. Un instrumento especializado.

—Pero, ¿qué pasaría si el instrumento especializado no está a la mano? —Preguntó Jacques en tono de súplica—. ¿Qué hace la pobre persona?

—Supongo —replicó Rod— que tendrá vivir con la sensación de que podría haber realizado un mejor trabajo si tan solo...

—¿Si tan solo Candy hubiera abierto la lata más rápidamente? ¿Entonces los guisantes tendrían mejor sabor?

—Exclamó Jacques—. ¿O si Wilkinson hubiera cortado las

verduras estas sabrían mejor? ¿O acaso creen que el vino sería de mejor cosecha si...?

—Creo que ya te entendimos, Jacques —respondió Wing—. Sin embargo, creo que mis compañeros y yo estamos de acuerdo en que tienes mucho que aprender de nosotros, que somos expertos en nuestra especialidad en particular.

—No lo niego —repuso Jacques—. Pero como han dejado claro, no poseo la velocidad, la habilidad ni el tamaño para competir con su... lo admito... superioridad en su especialidad particular.

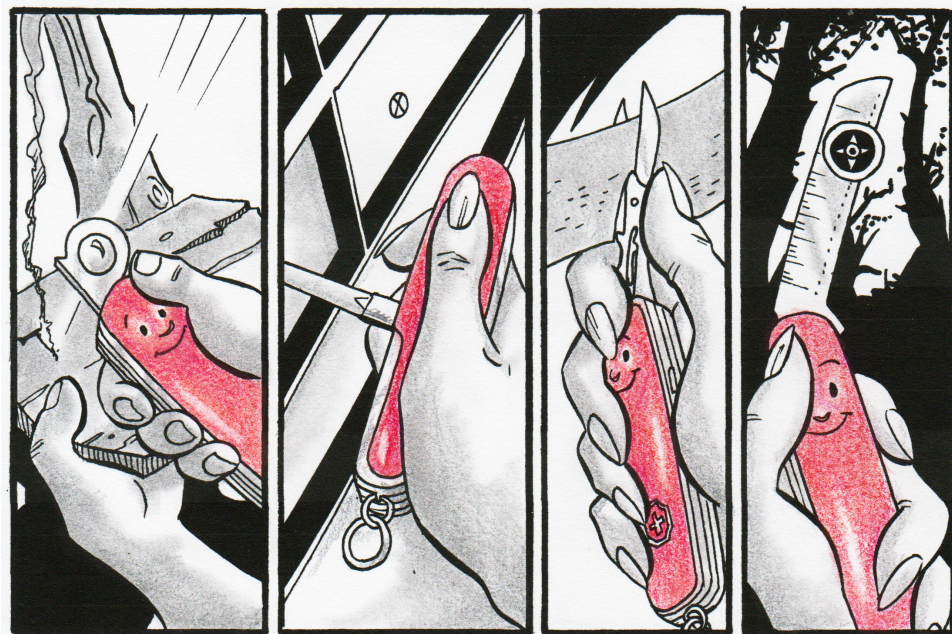
—Entonces, ¿para qué tomarse la molestia?

—preguntó Phillips.

—Exactamente —añadió Stanley—. En otras palabras, si no puedes ser el mejor, estar en la cima, conviene mejor rendirse. Retirarse.

—Me parece que no vale la pena continuar recalcándolo —puntualizó Rod—. El pobre Jacques Multiusos debe sentirse muy inferior. Pero valga decir que fue una lección aprendida. Disfruta tu jubilación involuntaria, Jacques.

Las herramientas y utensilios continuaron bromeando y riendo entre ellos. Jacques se dedicó a meditar en su supuesto inútil futuro. Entonces recordó que entre sus herramientas había una lupa. Recordó que Jimmy, el hijo de Judith, la había empleado para reflejar la luz del sol y grabar su nombre en una pieza de madera que Judith había recortado con la minúscula sierra de Jacques.



Se rió con nostalgia al recordar la ocasión en que un tornillo se desprendió del computador de Judith. Ella lo había empleado para volver a atornillarlo. Ahora parecía inconsecuente, pero cierto día Judith se alegró al descubrir que podía emplear el alicate de Jacques para cambiar el enchufe de la cafetera. También recordó lo agradecida que había estado Judith por las diminutas tijeras que empleó para cortar el vendaje de una profunda herida que había sufrido Jimmy mientras caminaban por el bosque.

¿Y acaso podía olvidar su compás? En aquel mismo viaje más bien fatídico, Judith se valió de esa herramienta para guiarse por los bosques al caer la noche. Gracias a Jacques llegaron a una carretera principal, donde los recogió un auto y los llevó al campamento. Qué buenos recuerdos. Pero, ¿ahora qué?

Ya era de noche. Las luces estaban apagadas en el cobertizo. Jacques estaba acostado. Escuchaba a los demás hablar, y sus felices recuerdos dieron paso a la tristeza.

De pronto se abrió la puerta. El bombillo incandescente se iluminó. Las herramientas se asomaron al borde del cajón y se preguntaron qué hacía Jeff Hunter allí a esa hora.

—Probablemente una tarea de carpintería de última hora —sugirió Stanley mientras Jeff buscaba en una caja de herramientas.

—O necesita ajustar un tornillo —susurró Phillips.

—Puede haber organizado una fiesta a último momento —añadió Wing—. Le escuché decir que invitaría a algunos de sus socios esta tarde. Habrá muchas botellas que abrir.

—En ese caso no estarías aquí. Ya estarías en el salón —observó Klein—. Pero llevan cenando un par de horas. Parece que no te has dado cuenta. Debe tratarse de una emergencia eléctrica.

—Se han quedado sin electricidad —repuso Phillips con aire confiado.

—Mavis y el pequeño Jimmy están con él —respondió Candy—. A lo mejor necesitan abrir una lata de albaricoques.

—Ya veo. Tiene que ver con los niños —pensó Rod—. Podrían estar preparándose para ir a pescar.

—En ese caso —susurró Wilkerson—, ¿qué buscan en la caja de herramientas?

—Ya recuerdo —anunció Jeff, mientras se acercaba al cajón—. Judith me dijo que lo había guardado aquí.

—Mavis, cariño, llévale la navaja suiza a tu madre. Ella la limpió y aceitó para llevarla consigo de viaje mañana.

—¿Un viaje? —Susurró Wing—. ¿Jacques se va de viaje?

Stanley se encogió de hombros.

—Supongo.

—Silencio —dijo Klein—. Escuchen.

—Lo único que llevaremos será una mochila cada uno —Jeff continuaba dando instrucciones a Mavis y Jimmy—. Necesitamos prepararnos por si hay alguna emergencia. Esta pequeña navaja será indispensable.

Se detuvo y sonrió.

—Es un buen ejemplo, niños —continuó, mostrándoles a Jacques—. Pueden ser como esta pequeña navaja del ejército suizo.

—¿Qué quieres decir, papá?

—Aprendan siempre todo lo que puedan. Así siempre serán de utilidad. Independientemente de la experiencia que adquieran en un aspecto, conviene aprender otras habilidades. Tal vez no se vuelvan expertos en todas ellas pero, al igual que esta pequeña navaja, pueden realizar diversas tareas y, aunque no sean expertos en todas... llegarán a dominar una de las mejores habilidades.

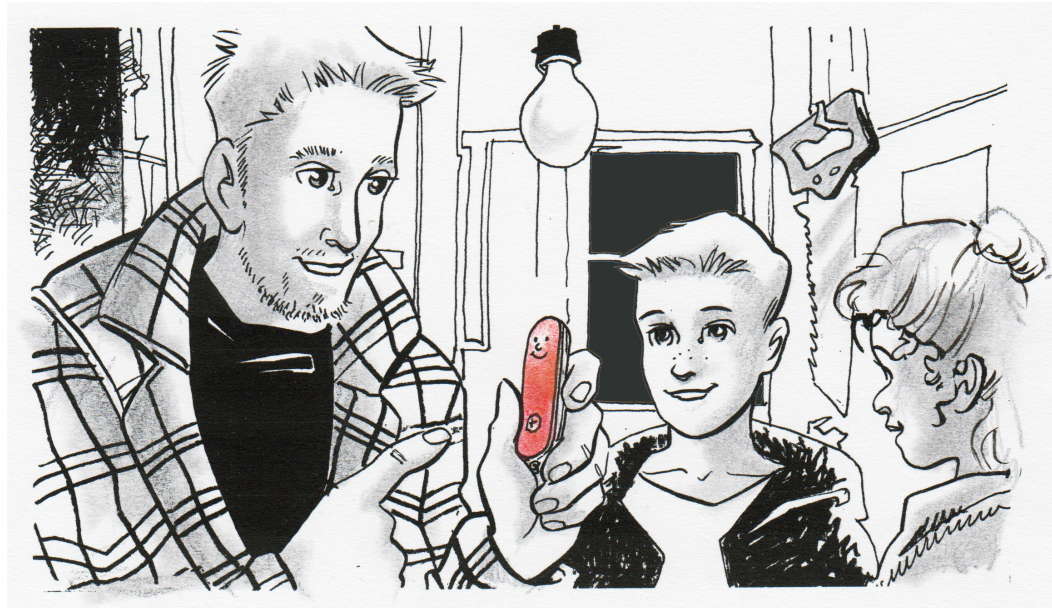
—¿Cuál es esa? —preguntó Jimmy.

Jacques sonrió de oreja de oreja con la respuesta que Jeff dio a su hijo.

—Una *gran* habilidad. La *adaptabilidad*.

Fin

- La adaptabilidad consiste en estar dispuestos a cambiar nuestro comportamiento y/o a desarrollar aptitudes para adaptarnos a las circunstancias.
- Ser adaptables nos convierte en miembros valiosos de un equipo o de la comunidad y nos convierte en personas con las que es fácil trabajar para lograr las metas propuestas.



Se encuadra en: Desarrollo personal: Virtudes: Orden y adaptabilidad-2d

Texto: Gilbert Fentan. Ilustración: Jeremy. Diseño: Roy Evans.

Publicado por [Rincón de las maravillas](#) © La Familia Internacional, 2020